

TURISMO Y NATURALEZA

Por
Enrique Pastor Mateos

TRABAJO Y TURISMO

Nunca hubiera podido pensarse que el concepto del turismo fuera de tal forma expansivo.

Durante muchos siglos ni existió la palabra ni propiamente el concepto. Casi nos atreveríamos a decir que tampoco existió la actividad a la que uno y otra hacen referencia. El turismo como expresión verbal y mental es muy reciente, de ayer, y sin embargo representa hoy la mitad de nuestra vida.

Otros de mayor prosapia se han visto englobados por el nuevo concepto: descanso, ocio, juego, recreo y varios más, si bien el turismo los excede a todos, ya que no sólo hace referencia a tales estados o actividades, sino a las condiciones en que éstos pueden producirse. El turismo no es solamente una realización que compete al que la disfruta, el turista, sino también al que la procura, para cuya designación genérica carecemos por ahora de palabra adecuada.

En este momento, pues, no parece siquiera posible definir el turismo, ponerle límites cuando está en plena expansión. Más oportuno resulta explorarlo, y esto sin grandes pretensiones, ya que en esta exploración será más importante que lo visto y comprobado, lo previsto y adivinado.

El turismo representa en la vida del hombre actual un contrapunto del trabajo y contribuye a llenar sus intersticios o vacaciones. Cabe afirmar, en efecto, que sin vacación no hay turismo.

Aunque en cierto modo toda distracción, todo descanso, toda diversión tienen algo de turístico, el turismo exige algo más: un desplazamiento, exigencia que resulta extraordinariamente significativa. No sólo pretende llenar el intervalo que produce la suspensión de la actividad laboral, sino hacerle cambiar de escenario y liberarle de todas

aquellas impresiones que puedan estar asociadas a una vida de esfuerzo y de ocupación continuada.

Los organizadores del turismo saben por eso muy bien hasta qué punto su actividad no puede limitarse a proporcionar un entretenimiento o hacer posible un traslado. Lo principal es crear un ambiente apto para la relajación y la holganza.

Estas consideraciones ponen de relieve un importante aspecto de la vida actual: las poblaciones que hemos ido acondicionando para la tarea económica y que son el fundamento de nuestra prosperidad y de nuestro desarrollo, son cada vez menos apropiadas para cualquier otra actividad que suponga fiesta para el espíritu o distensión para el cuerpo.

Todo progreso en el campo de la economía tiende a hacer cada vez más densa y más compleja la aglomeración urbana.

Con las grandes distancias, no solamente resulta imposible la realización de muchos deseos, sino que imprimen actualmente a los habitantes de las grandes poblaciones el sello fatídico de la prisa.

No es éste el único tributo que nos exige el progreso, esa misma magnitud de las distancias junto con la rigidez de los horarios, imponen a nuestra vida un ritmo monótono. Las exigencias de una hora fija para levantarse, para entrar al trabajo, para salir de él, para efectuar las comidas, para cualquier otro tipo de actividad, mantenidas un día y otro durante largo tiempo en un medio en el que los desplazamientos son difíciles, llevan aparejada la utilización de un mismo sistema de transporte, el atravesar los mismos parajes, el frecuentar los mismos locales, todo ello con escasos márgenes de variación .

No hemos de pasar por alto otra consecuencia de gran alcance del desarrollo urbano. Cuanto más crece la población, cuanto mayores son las aperturas en los vehículos de transporte colectivo, en los establecimientos, en las oficinas, en la calle misma, mayor es el número de desconocidos que nos rodea y, por paradójico que resulte, mayor nuestra soledad.

Esta descripción de la vida en las grandes ciudades, hecha de soledad, monotonía y prisa, no es exagerada. Aún hemos de referirnos a otros factores que al limitar nuestras posibilidades de liberación contribuyen a dar a nuestro contorno un aspecto irremisiblemente agobiante

La ciudad, a medida que se desarrolla, va poco a poco perdiendo horizontes y perspectivas, convirtiéndose en una cárcel. En cambio, aumentan en ella los ruidos, verdadero tormento, uno de los más terribles azotes, con categoría de plaga bíblica, que padece la humanidad actual.

Dentro de la ciudad, cualquier distracción, por pequeña que sea, está sujeta a los mismos rigores de estrechez de horizontes, de ruido, de horario y de desplazamiento, al mismo agobio, en una palabra, que la vida de trabajo. No es, pues, extraño que el turismo para sus habitantes haya de ser considerado, no como una opción más, sino como una verdadera necesidad.

El hombre de nuestro siglo, satisfecho de sus conquistas, pero mucho más cauteloso que sus abuelos, mira con recelo su marcha triunfal por el camino de la industrialización. Piensa sobre todo que sus metas tienen que estar más allá de un óptimo en el terreno de la productividad. La única compensación que puede producirle la mecanización y la racionalización del trabajo es hacer cada vez más dilatadas y frecuentes sus vacaciones, reducir a un mínimo el tiempo en que ha de estar sumido en el ambiente hostil e ingrato de la aglomeración urbana. Diríamos que su ideal es una vida en la que el tiempo dedicado al turismo supere al tiempo dedicado al trabajo.

Si no abandonamos todavía este campo de reflexiones podemos rastrear el motivo de que el turismo sea a la vez tan reciente y tan importante. No es el trabajo el que hace surgir el turismo, sino una determinada forma de trabajo, no es la vida ni el hombre quienes lo exigen, sino el hombre actual y la vida de hoy. Es simplemente la civilización técnica que ha remodelado al hombre, quien le ha impuesto una determinada forma de vivir y métodos de trabajo que sólo puede soportar aliviado por el turismo.

EL VIAJE DE PLACER

Actividad turística por excelencia es el viaje. Pero esto no quiere decir que cualquier viaje sea de suyo turístico.

A pesar de la simplicidad de estas proposiciones, consideradas con detenimiento se revelan insospechadamente confusas. No es tan fácil determinar lo que hay en un viaje de puramente turístico.

Técnicamente es el mismo el viaje que realiza el turista y el no turista hasta el punto que puede ser plena su identidad. Pueden coincidir en los mismos vehículos, utilizar los mismos alojamientos y restaurantes, realizar el viaje con idénticas etapas y estancias de la misma duración sin que les distinga otra cosa que sus diferentes ocupaciones en el momento o momentos culminantes del viaje.

He dicho de intento ocupaciones y no propósitos. Considero que el turismo a estas alturas ha dejado de ser intencional y se ha convertido en algo institucionalizado. Pero esto es otra cuestión y divagar sobre ella tal vez resultaría inoportuno.

La única oposición clara se diría que es la del viaje migratorio frente al viaje turístico, el viaje de suyo sin regreso y el viaje esencialmente de ida y de vuelta. Este es un paréntesis en nuestra ocupación habitual, con mucho de interinidad y el otro una metátesis definitiva.

También a primera vista parece contraponerse al viaje turístico el viaje de negocios, que se nos ofrece como prolongación o ampliación de nuestra actividad laboral, pero ya en este caso, no obstante su carácter extremo, empiezan a difuminarse las diferencias.

En primer lugar, pueden conjugarse las finalidades turísticas y la atención a los negocios, con merma o sin merma de sus rendimientos. La presencia en los restaurantes y salas de fiestas de los hombres de negocios es frecuente, frecuentes en ellos también las compras de objetos que por uno u otro motivo atraen la atención de los turistas. Otras actividades de tipo turístico son en ellos más raras, pero no por ello incompatibles con su principal dedicación.

Nos resulta, sin embargo, más digno de atención el hecho de que muchos viajes de negocios, cuando son esporádicos, suponen una ruptura con lo habitual, con la tarea cotidiana y sobre todo con el ambiente y representan en la vida del que los realiza el papel de unas verdaderas vacaciones.

Si tales consideraciones nos suscitan viajes que por su propia índole parecen encontrarse al margen del turismo, resulta ocioso seguir analizando. De antemano, podemos asegurar que las fronteras son borrosas e imprecisas.

Pero ello no es obstáculo para que el turismo de suyo se nos ofrezca como una actividad desinteresada. Cualquier finalidad utili-

taria, no sólo lucrativa, desvirtúa por completo la índole turística del viaje.

Las expresiones envejecen y es normal no emplear aquellas que el uso ha retirado, pero su presencia fósil puede ser útil como prueba o testimonio de afirmaciones más o menos científicas.

Sólo con esta finalidad vamos a recordar que, en época en que la palabra turístico era un duro neologismo, al viaje al que hoy aplicamos tal calificativo se le llamaba viaje de placer.

Tal expresión ciertamente nos revela hasta qué punto la actividad turística ha de proporcionar una serie de sensaciones placenteras y ha de eludir toda clase de finalidades útiles.

Pero ello no es obstáculo para que en nuestros días el viaje turístico esté cargado de intención y en cierto modo también de finalidades implícitas.

En el turismo, más importante que el lugar hacia dónde nos encaminamos, es el punto de dónde partimos. No hay duda de que nuestra máxima pretensión es abandonar la vida cotidiana, la residencia habitual, los objetos familiares. En este aspecto la actividad turística tiene mucho de huida. Si consideramos la intimidad, tal vez sustituiríamos esta palabra por otra más matizada: evasión.

Asimismo, relegado a segundo término el punto de destino, cobra especial importancia el viaje en sí, el mantener durante un tiempo la condición de viajero y el cambio que esto comporta.

Ha existido siempre un tipo de vida errante. No se da tan sólo entre los desheredados; en otros tiempos eran precisamente los magnates los que de manera especial se distinguían por vivir sin residencia fija.

A pesar de que la literatura ha agotado su vena lamentando la triste condición del vagabundo, el hombre actual, que puede jactarse de haber llegado a la cumbre de una vida sedentaria, logrando en lo jurídico la inamovilidad de sus empleos y en lo económico el acceso a la propiedad de sus viviendas, que ha acondicionado cuidadosamente la ciudad en que habita y la casa en que se aloja, no deja de cultivar en un rincón de su espíritu su propensión al nomadismo.

El turismo en este caso es sólo un sucedáneo. Es una aventura en gran parte programada y a plazo fijo, si bien con cierta dosis excitante de novedad y sorpresa.

Así, pues, para el hombre de hoy, el turismo se nos ofrece como

un abandono temporal de la ciudad inhóspita en busca de otros horizontes más sugestivos y acogedores. Ya sea por horas o por días, no sólo pretendemos descansar de nuestro trabajo, sino de nuestro género de vida.

Se nos presenta además como el encuentro con algo radicalmente distinto. Se impone como la única o al menos más eficaz distensión para el hombre sumido en la aglomeración urbana. Y para ello exige un contraste, si no violento, al menos apreciable, entre nuestro mundo habitual y cotidiano y el nuevo ambiente que el turismo nos proporciona.

Abandono, distensión y contraste resultan indispensables en toda actividad turística y justifican el que podamos seguir cualificando como viaje de placer el viaje turístico.

LA GRAN PREOCUPACION

El hombre ha trabajado siempre para vivir. Y por vivir entendemos, en primer lugar, la simple subsistencia.

Pero el hombre actual, en una medida muy superior a sus antepasados, se preocupa además por su salud, que ve contrariada, si no siempre por su trabajo, sí por el ambiente en que éste se realiza.

La salud es en todo caso un bien tan inestimable como frágil y precario, objeto de las más insospechadas amenazas. Hay que suponer en el hombre un principio de resignación y conformidad ante la eventualidad de su pérdida o deterioro.

Pero hay que reconocer que el progreso le ha hecho, ya que no más optimista, sí más celoso de su conservación. No solamente ha contribuido a que conceda a su salud una estima superior, sino que le proporciona más conocimientos y más medios para preservarla de los peligros que la acechan.

Sorprendentemente se comprueba que ese mismo progreso, que por una parte contribuye a vencer, incluso aniquilar viejos espectros familiares, engendra nuevos riesgos que peligrosamente se ciernen sobre el hombre de hoy y amenazan no ya sólo su salud, sino incluso su supervivencia.

Esas aglomeraciones urbanas de las que antes hablábamos no sólo

desquician nuestra vida sino que, además, ponen en peligro nuestra salud.

Esta degradación del ambiente, no sólo afecta a las grandes poblaciones, pero en éstas sí se nos ofrece con características más acusadas y es origen, por ello, de mayores preocupaciones e inquietudes.

Se debe a múltiples causas y entre ellas las más notables nos son conocidas con el nombre de polución.

Todo es aquí sorprendente, ya que un mayor grado de limpieza personal y de limpieza doméstica ha producido en gran medida la contaminación de cuanto nos rodea. Dos casos muy notables ilustran cumplidamente esta paradoja. Uno es el de los detergentes no biodegradables, cuyos residuos resultan extremadamente nocivos. El otro, aún más acusado, el de ciertos pesticidas, los más activos y eficaces, cuya peligrosidad está por encima de toda ponderación.

La polución que afecta en primer lugar al agua, medio vital por excelencia, alcanza también a los otros alimentos, muy especialmente a aquellos cuya producción o cuya distribución ha sido industrializada, lo cual es indispensable cuando se trata de abastecer a una población numerosa y concentrada.

Más evidente resulta aún en el ambiente urbano la polución atmosférica. Y más inevitable. Nuestros propios hogares contribuyen a viciar el aire que respiramos en doble medida que nuestros coches y éstos tanto, en términos generales, como las actividades industriales.

Las instalaciones domésticas, especialmente la calefacción y la circulación automóvil tienden a hacernos, si no grata, al menos tolerable nuestra vida urbana, pero, a un precio excesivamente elevado, cuyo principal contribuyente es nuestra propia salud.

El colmo de tanto desarreglo lo constituye la difícil eliminación de los desperdicios de una gran población en contraste con la enorme facilidad con que los suprimimos de nuestros hogares. La limpieza de nuestras casas y la del centro urbano se conjuga en ocasiones con la existencia de peligrosos focos de contaminación en los alrededores. Nuestras posibilidades de eliminación, y aún todavía más de aprovechamiento de las inmundicias y de los desechos son todavía muy limitadas.

En estas condiciones el turismo, en cuanto supone el abandono periódico de nuestro ambiente habitual constituye la más eficaz medida higiénica.

Viajar por motivos de salud no es nuevo. Cuando los hombres de

la época romántica se veían aquejados por el mal del siglo, la melancolía, consideraban que un viaje era el mejor de los remedios.

Otro ejemplo igualmente significativo lo constituye la creencia popular, no por ello infundada, de que para muchas dolencias es buen remedio un cambio de aires.

En ambas experiencias el viaje o el nuevo ambiente son por sí solos una terapéutica. Otras veces se va en busca de un especialista famoso, de unas instalaciones clínicas acreditadas. Pero difícilmente podemos encuadrar estos casos dentro del turismo.

Una mayor aproximación a la actividad turística ofrece la búsqueda de determinados factores higiénicos que en ocasiones pueden incluso poseer una concreta virtud curativa.

Las aguas medicinales han tenido siempre gran prestigio. Nos son conocidas desde la antigüedad y en determinadas épocas han reunido en torno a sus instalaciones una verdadera población turística.

En todo caso, el clima saludable, el aire puro y, desmedidamente en la actualidad, el sol, han sido y son factores determinantes de importantes corrientes turísticas.

Pero lo que nos interesa poner de relieve no son las motivaciones de algunos turistas, sino un aspecto objetivo y general del fenómeno turístico.

Y es que, dada la organización de la vida actual, el turismo que es el complemento obligado de la residencia, para muchos ineludible, en las grandes poblaciones, no sólo han de garantizar sus propios fines, la gama de objetivos que antes señalamos entre el descanso y la diversión, sino que ha de apuntar a una meta suplementaria: la conservación e incluso el restablecimiento de la salud.

El éxodo de las poblaciones en los períodos de asueto, en los fines de semana, en las vacaciones de temporada, está dominado, cada vez en mayor medida, por una preocupación higiénica. Al regreso nos anima la idea de haber logrado reservas suficientes para enfrentarnos con el continuo dispendio que para nuestra salud supone la vida ordinaria.

Pero aunque así no fuera, el turismo estaría obligado a hacer frente a esta situación. A liberarle de los peligros que en la ciudad le acechan. A proporcionarle una vía hacia ambientes más sanos y reparadores. A hacerle vivir durante algún tiempo seguro y despreocupado.

AIRE LIBRE

Podemos ir todavía más allá.

El trabajo, no sólo el llamado manual, cada vez más suave, sino también el trabajo intelectual, cada vez más complejo, no debe acaparar la atención del hombre. No debe ser excesivo ni menos exclusivo. Ha de permitirle, en ratos libres, ocupaciones que lo complementen y compensen. Esta será la única forma de evitar la deformación que produce en nosotros la inevitable especialización laboral.

El trabajo, como ya hemos apuntado, tiende a intelectualizarse cada vez más y aún en aquellos casos en que el esfuerzo físico es indispensable, éste resulta cada vez más limitado. En todo caso, el desarrollo industrial exige al trabajador mayor fijeza en un doble sentido de concentración en su trabajo y de inmovilidad ligado a la máquina que manipula.

Los hombres que viven en las grandes ciudades se quejan de que su trabajo es excesivamente sedentario, queja cada vez más generalizada. Las horas dedicadas al trabajo representan un tiempo muerto para el desarrollo de nuestro vigor físico. En el peor de los casos cuando el trabajo todavía exige un esfuerzo continuado, cansa pero no tonifica.

Se debe a esto sin duda alguna el auge del deporte. Curiosamente podemos observar que deporte y turismo han ido desarrollándose en nuestra vida de una manera paralela y que ambos son fruto de una concreta situación histórica.

Aunque la palabra deporte ya existiera no nos podemos engañar. Mientras el ejercicio físico, realizado de una manera variada y armónica fue la ocupación general de los hombres, el deporte hubo de desempeñar un papel muy secundario en su vida y aunque siempre hubo juegos en que la fuerza, la agilidad o la resistencia fueran necesarias para ejercitarlos, nunca tuvo el deporte el alcance actual, no en cuanto al número de sus adeptos, sino en cuanto a su planteamiento científico como actividad común.

Digamos simplemente que el ejercicio físico no fue problema, sino el cauce natural por donde discurrió la vida ordinaria. Cuando esta vida se vió sustancialmente modificada, el deporte pasó a tener un nuevo contenido, una nueva finalidad, una mayor importancia, un extraordinario desarrollo.

Ha llegado el momento de utilizar una palabra bárbara que no hemos conseguido ni traducir adecuadamente ni adaptar a nuestra lengua. Se trata de la palabra *bobby*, cuya significación precisa no es exactamente lo que, perfilada por el uso, viene hoy a expresar. Entendemos que un *bobby* es aquello a lo que uno se dedica por afición o gusto y desinteresadamente. Es decir, aquellas actividades que no constituyen nuestro trabajo habitual, del que depende nuestro sustento, sino aquellas otras que realizamos por la satisfacción que nos producen, por las sensaciones placenteras que nos proporcionan.

La existencia de *hobbies* supone, en principio, ambientes sociales selectos. Sin un nivel elevado de educación, las aficiones son tan simples como dudosos los gustos. Sin un nivel de renta que permita algún desahogo unos y otras carecen casi siempre de efectividad.

Pero el turismo no sólo es un fenómeno que pertenece más al futuro que al presente, sino que es tal vez uno de los factores más importantes en la tarea de precipitar el curso de los acontecimientos, provocando las transformaciones que su mismo planteamiento exige. El turismo está llamado a proyectar al hombre actual a una cultura superior.

A primera vista la gran aglomeración urbana, si algo tiene a su favor, en que proporciona a los que tantas limitaciones impone, un amplio campo de oportunidades para cultivarse.

Instalaciones deportivas e instituciones culturales, le ofrecen sin duda medios para realizar ejercicios físicos, practicar las artes o ampliar sus conocimientos.

Pero su alcance resulta muy limitado. Y no nos referimos solamente a su insuficiencia o a la dificultad de acceder a ellas. Son, éstas, cuestiones que con el tiempo pueden resolverse.

Esta limitación es mucho más acusada por lo que al deporte se refiere. Está claro que hay deportes que no pueden practicarse dentro de la ciudad, pero aún aquéllos cuyos acondicionamiento resulta realizable, se ven notablemente disminuidos en su mismo concepto.

El Diccionario de la Real Academia Española al glosar la palabra deporte, después de precisar su etimología recordándonos que viene de un olvidado y casi perdido verbo deportar, nos ilustra sobre dos acepciones de la palabra, la primera, más genérica, es «Recreación, pasatiempo, placer, diversión o ejercicio físico, por lo común al aire libre»; la segunda, más corriente, y concreta, es «Ejercicio físico, por lo común al aire libre practicado individualmente o por equipos con el fin de

superar una marca establecida o de vencer a un adversario en competición pública, siempre con sujeción a ciertas reglas».

Si hemos transcrito estas autorizadas palabras, es simplemente porque nos ha llamado la atención la insistencia con que se refieren en uno y otro caso al aire libre. No será ciertamente necesario para que el deporte exista, pero deporte sin aire libre bien podemos decir que no merece llevar el nombre de deporte, y si no al Diccionario me remito. Y en la ciudad actual si de algo carecemos es precisamente de eso: de aire, y menos libre.

Unamos a esto cierta incompatibilidad entre la organización de la vida en la gran urbe y esos deseos supletorios. No es fácil ni aún con una jornada de trabajo reducida conjugar la ocupación laboral y el ejercicio regular de otras actividades.

En último caso, la incapacidad de la ciudad para satisfacer la necesidad del hombre de hallar un correctivo a su deformación es radical, porque esta deformación es algo más que profesional y nace de su misma inclusión en el engranaje urbano.

El único remedio eficaz está en el turismo. Sólo él puede llevarnos a un mundo distinto en el cual las energías corporales, el sentido artístico o la curiosidad intelectual encuentren un medio diferente donde ejercitarse.

Sobre todo, sólo el turismo puede deportarnos, permítaseme la anfibología, trasladándonos a otro lugar material y moralmente, y a la vez proporcionando en su caso, el escenario adecuado, y en todo momento, ese aire libre indispensable para que el deporte sea verdadero deporte.

EL PARAISO PERDIDO

El turismo se ha caracterizado desde el primer momento por la multiplicidad de sus objetivos, pero entre todos ellos hay dos que de una manera muy notable destacan entre los demás.

Existe un turismo vertido hacia la historia. Se diría que el hombre trata de reconstruir su marcha por la tierra. Le sirven de rastro los monumentos del pasado.

Aunque en muchas ocasiones tal turismo apenas roza la anécdota, sin adentrarse en su sentido, es indudable que enriquece su espíritu, excita su curiosidad y amplía sus conocimientos.

Este tipo de turismo tiene amplias resonancias. Los grandes monumentos se ven visitados continuamente por millares de turistas, pero hemos de reconocer que sólo una pequeña parte de los que lo practican lo hacen con verdadera emoción y auténtico interés. La lección de la historia a pesar de ser tan expresiva llega pocas veces a la intimidad del hombre.

Otra variedad, a la que corresponde un objetivo diferente, es el turismo vertido a la Naturaleza. Tiene también miles de adeptos, pero en este caso hemos de reconocer que la respuesta de quienes lo practican es más profunda, tal vez por ser más espontánea.

Nos ha de llamar la atención en primer término, descubrir en ambas modalidades algo común: su carácter regresivo, ya que la Naturaleza es precisamente el trasfondo de la Historia y, por decirlo así, nuestra primera patria.

Vendrá luego recapacitar sobre si es o no apropiado que utilicemos en este caso la palabra Naturaleza, si podemos llamar con propiedad Naturaleza a simples campos cultivados que rodean nuestras ciudades. Nuevamente las profundas semejanzas entre ambas formas de turismo quedan de relieve. Nos contentamos con ponernos en contacto con formas de vida primitivas, supervivientes en la actualidad, pero que pertenecen propiamente al pasado de la humanidad.

El turismo, pues, en sus dos principales vertientes se nos presenta curiosamente como una peregrinación del hombre actual hacia el paraíso perdido.

La Naturaleza se nos ofrece como un atrayente punto de llegada; en este aspecto representa la culminación de todo el proceso turístico.

Decíamos, que el hombre está interesado sólo en partir, en despojarse de su vida habitual, en dejar de sentir a su alrededor el ambiente cotidiano, en suspender tareas una y otra vez repetidas, en liberarse de la servidumbre a que le ha sometido el progreso.

A este partir sin rumbo la Naturaleza ofrece un término, a este despojo una compensación. Ofrece, además, un nuevo ambiente debidamente contrastado y otros quehaceres menos onerosos. Ofrece, sobre todo, un horizonte de libertad en su mismo desamparo.

La Naturaleza nos proporciona, además, conciencia y evidencia de una necesidad satisfecha. En la Naturaleza, la ciudad se contempla lejana, la civilización distante, una sensación de alivio nos confirma el logro de una de nuestras más íntimas aspiraciones.

En su sentido genuino, la Naturaleza es la Naturaleza virgen, los parajes que aún no han sido hollados por el hombre, que no han sufrido directa ni indirectamente los efectos de su presencia.

Pero esta Naturaleza virgen tiene en nuestra vida escasa efectividad. No es tanto que el hombre vaya reduciendo poco a poco su ámbito, conquistando cumbres y surcando abismos; no es sólo que selvas y desiertos sean difícilmente accesibles; lo verdaderamente notable es que el hombre corriente se sienta incapaz de dominarlos, ni siquiera de subsistir en ellos. Salvo para un puñado de exploradores audaces, la Naturaleza virgen, Naturaleza por excelencia, es algo vedado e inasequible.

La otra, la Naturaleza acondicionada por el hombre para su acceso y su disfrute, le atrae sin embargo fuertemente. Le atrae el sol, el aire puro, el agua, la tierra, lo más elemental de nuestro planeta, le atrae el mar, los bosques, las colinas, le atraen incluso las amplias llanuras, los estrechos valles, los ríos y las fuentes, le atrae, en fin, el campo ya sea estepa, huerto o pradera.

No es obstáculo para su disfrute que aquí o allá aparezcan signos de civilización más o menos expresivos siempre que no desvirtúen sustancialmente ésta, ya muy desvirtuada Naturaleza. Es más, en muchas ocasiones los necesita por esa incapacidad a que antes nos referíamos para hacer frente a las contingencias con sus propios recursos.

El carácter tan limitado como convencional de lo que llamamos naturaleza, modificada por la presencia de la civilización, lo ilustran en la actualidad la mayor parte de nuestras playas. Dos elementos de envergadura cósmica, el sol y el agua son suficientes para ambientarnos en plena Naturaleza sin que sea obstáculo para ello la presencia, a veces masiva, de la civilización al borde mismo del mar y tratando de escalar el cielo.

Pero en este caso las apreciaciones objetivas tienen una especial importancia. Hay un límite, traspasado el cual, la Naturaleza pierde todas sus virtualidades y deja, por tanto, de existir.

Tal vez sean sus elementos más representativos ese aire puro al que nos hemos referido y un rumoroso silencio, que es más bien ausencia de ruidos y estridencias. Pero otros muchos factores pueden romper también la armonía, en virtud de la cual la Naturaleza se nos hace deseable.

No podemos subvenir seriamente a los quebrantos de nuestra salud física y mental sin que se nos garantice un mínimo de condiciones que

permitan el restablecimiento de nuestra salud perdida o el fortalecimiento de nuestra salud amenazada.

Nuestras exigencias son muy limitadas pero ineludibles, necesitamos volver a la Naturaleza, a una Naturaleza que conserve de tal algo más que el nombre.

BIENESTAR Y CONSUMO

Al contraponer trabajo y turismo no hemos pretendido dividir entre ellos la totalidad de nuestra vida. En el fondo, uno y otro están ordenados a un fin, que no por inmediato, deja de ser superior. Garantizarnos una vida digna.

No se trata tan sólo de atender a las más elementales necesidades. La dignidad de la vida exige algo más. Pero no es nuestro propósito adentrarnos en este tema, sino simplemente tomarlo en consideración, por cuanto afecta a la realidad y, por tanto, al concepto de turismo.

Para el hombre actual nada dignifica su vida tanto como conseguir lo que, con discutible precisión, llamamos bienestar. El olvido o al menos la preterición de otros valores le confiere un puesto entre sus aspiraciones.

Consecuencia de ello es que su trabajo se oriente a conseguir como premio el bienestar y que el esfuerzo, las penalidades, las renunciaciones y privaciones que el trabajo comporta, queden compensados por las satisfacciones y goces que el bienestar procura.

Este bienestar tiene en nuestra sociedad una imagen concreta. La de los objetos que hacen posible una vida más fácil y más cómoda o, dicho con la palabra justa, más confortable. Casas, coches, y un sinfín de aparatos que simplifican los menudos quehaceres, muy especialmente los domésticos, proporcionan satisfacciones complementarias.

El consumo de estos bienes es hoy el índice más elocuente del bienestar conseguido por una comunidad y su posesión el título que acredita su logro.

La economía ha engranado a su modo el bienestar y el trabajo. Mayores salarios permiten un mayor consumo, éste exige mayor producción y permite mayor beneficio. Caben así nuevas inversiones, más

puestos de trabajo, más consumidores; en una palabra, expansión económica y prosperidad creciente.

Los economistas se han encontrado ciertamente con desagradables sorpresas y áridos problemas. Han tenido que reconocer que el esquema no es tan simple y que otros muchos factores contribuyen a desvirtuarlo. Pero han llegado a la conclusión de que el consumo es la clave de este frágil edificio. Resulta, pues, imperativo que la sociedad persiga el bienestar a través del consumo.

A primera vista el llamado bienestar sólo satisfacciones está llamado a proporcionar al hombre. La misma palabra lo dice.

Sin embargo, cabe pensar, que tal vez la palabra sea demasiado pretenciosa o simplemente equívoca. El estar denota una accidentalidad que deja intactos otros estratos más importantes de la personalidad. Y por eso resulta engañoso pensar que el bienestar agote nuestras posibilidades de satisfacción y plenitud.

Sólo vamos a esclarecer dos aspectos fundamentales de este trasfondo.

El consumo tiene sus exigencias. Para que no se produzcan grandes desequilibrios, la sociedad, que en principio debiera expresar sus preferencias y orientar así la producción, se ve pronto desbordada y en la obligación de consumir lo que produce y en la medida que lo produce.

Los órganos de gestión económica llamados en principio a encauzar necesidades y opciones, asumen pronto un papel rector. No hay duda de que sus esfuerzos contribuyen al buen funcionamiento de la vida económica, pero no sin captar al hombre para su empresa.

Puede liberarse de esta coacción el individuo aislado, ya que los problemas se plantean siempre a gran escala y a base de datos estadísticos, pero la inmensa mayoría, la masa, ha de ser dócil a sus incitaciones y a sus prescripciones. El bienestar queda configurado y determinado en sus detalles en el laboratorio sin que el hombre pueda tener otra intervención en las decisiones que las que resultan científicamente justificadas, como puede ser la contestación a una encuesta.

Sin esfuerzo nos introduce este tema en otro no menos sugerente.

Difícilmente podría tener éxito la ordenación del consumo si estuviera respaldada por la fuerza. Tampoco a las normas jurídicas se les puede reservar la última palabra. En este caso, los resortes clásicos del poder, pasan muy a segundo plano.

Las medidas de tipo proteccionista tampoco serían suficientes por sí solas. En la sociedad misma se dan las condiciones para lograr la deseada propensión al consumo. La presión se ejerce de forma muy sutil. Basta con dejar que prevalezcan en el hombre sus tendencias miméticas.

Poco hay que aclarar la cuestión, una vez revelada. En torno al hombre se encuentran modelos con los que graduar sus aspiraciones. Simplemente llegar a ellos es ya una satisfacción. Se consume en principio lo que todo el mundo consume, pero muy especialmente se intenta consumir lo que consumen aquellos que se encuentran en un grado superior de lo que llamamos bienestar.

Los objetos de consumo pierden en cierto modo su significación propia y se convierten sobre todo en símbolos del grado de bienestar alcanzado.

Puede bien, si el hogar puede considerarse la expresión más acabada del bienestar conseguido, el turismo es su más perfecto y obligado complemento.

Se contempla así el turismo bajo una nueva luz. No es una necesidad primaria, sino un refinamiento. Todo cuanto el turismo implica puede organizarse escalonadamente para que el hombre acceda a él gradualmente, sin otro estímulo que la emulación y con el ritmo que le imponga la coyuntura.

Nada más alejado de lo que le hemos dicho hasta ahora que este nuevo planteamiento, y, sin embargo, no podemos cerrar los ojos a una realidad. Junto a las necesidades sentidas están las necesidades creadas y para la mayor parte de los hombres, el turismo se desarrolla a partir de estas últimas.

TURISMO DE AYER Y DE HOY

Todas estas consideraciones sobre el turismo, que toman como punto de referencia al turista, son sin duda esclarecedoras; pero sería incompleto nuestro estudio, si no contempláramos el tema desde la perspectiva opuesta. No podemos ignorar que si una parte considerable de la humanidad se beneficia del turismo, otra no menos importante está a su servicio.

Aunque resulte paradójico las profesiones turísticas son más antiguas

que el turismo, propiamente dicho. Antes de que éste existiera ya existían ventas, posadas y fondas, caminos por donde discurrían coches de muy diversas clases, puertos y barcos que realizaban toda clase de travesías. Había viajeros que necesitaban quien los transportara y alojase, y personas que dedicaban su actividad profesional a transportar y alojar a esos viajeros.

Antes que el turismo existiera ya había experimentado el hombre la necesidad de entretener sus ocios, y aunque éstos no fuesen muchos y sus recursos, ni abundantes, ni variados, ya se celebraban en las pequeñas poblaciones fiestas anuales, y en ellas ejercían su arte o su comercio profesionales que lucían sus habilidades o vendían sus baratijas, y en todo caso hacían las delicias de una concurrencia ávida de sorpresas y novedades.

En las ciudades, en las grandes capitales, una fiesta permanente ofrecía ocasión ininterrumpida al desocupado para solazarse, al artista para ofrecer su espectáculo, y al mercader para desplegar el lujo de unas alhajas, cuya ostentación era ya otro espectáculo.

No existía el turismo todavía, y no porque el viaje fuera algo esporádico o el solaz cosa menguada. Un nuevo ingrediente hacía falta. No bastaba viajar y solazarse.

Es fama que el turismo surgió cuando a alguien se le ocurrió organizar un viaje que fuera a la vez un solaz. Se trataba de una actividad profesional nueva, la del organizador o agente de viajes, actividad turística por excelencia, que iba a coordinar y a cualificar viejas profesiones. Contribuiría también a renovarlas, proporcionándoles otros objetivos.

Desde el primer momento tuvo el turismo que hacer frente a una insoslayable necesidad: crearse una clientela. No estaban las gentes habituadas a conjugar la dura realidad de los viajes con un ansia de novedad y placer.

La progresión fue lenta y difícil. En muchos ambientes el apego a los viejos hábitos fue un grave obstáculo para que se introdujera la nueva costumbre. Los intelectuales, en cambio, comenzaron a practicar con entusiasmo un excursionismo de ámbito muy limitado. Pero tanto en uno como en otro caso los recursos económicos representaban un factor decisivo. Cuando éstos eran exigüos poco importaba que existieran frenos o estímulos.

Por motivos que resultan, pues, obvios, fueron las clases acom-

dadas las primeras en ser conquistadas por la nueva idea. Pero la conquista no dejó de hacerse sin amplias concesiones.

Una clientela satisfecha, apegada a sus formas de vida, no era capaz de renunciar a ellas fácilmente. Sus voluminosos equipajes no eran sino un exponente de sus preocupaciones. Para conseguir que abandonasen sus hogares el turismo no tuvo que ofrecerles nada nuevo. Si acaso, más facilidad en las relaciones, más brillantez en las fiestas, más lujo en las instalaciones.

El servicio, herencia de pasadas épocas o tributo rendido al signo de los tiempos, tenía que ser no sólo atento y eficiente, sino extremadamente personal. En llamar a las personas por sus nombres o títulos, conocer sus gustos y preferencias, atenderlas en la forma y medida que lo deseaban, preguntar poco, adivinarlo todo y, en una palabra, distinguir al cliente, se resumía el catecismo de un buen empleado.

Eran años de euforia. Una euforia con la que acabó la primera guerra mundial. Siguieron años de incertidumbre para ese mundo brillante y ya caduco. La segunda guerra supuso la liquidación de una sociedad en quiebra. En el naufragio se perdieron también sus equipajes.

El turismo estaba llamado a desaparecer si no conseguía sustituir su clientela. No tuvo problemas para ello. Muy al contrario, la excesiva facilidad produjo una crisis profunda. Tuvo que acoger a la nueva, mucho más numerosa, y adaptarse a sus exigencias, muy distintas de las que estaba acostumbrado a atender.

La irrupción de la nueva clientela ha sido multitudinaria, y esto ha supuesto el desbordamiento de las viejas estructuras, sólo conservadas en algún glorioso bastión o insospechado remanso.

A la renovación de las instalaciones procedió la de la empresa, en muchos casos superficial e incompleta. Su obligado complemento había de ser la renovación del servicio. En este caso la transformación sería más profunda y sus consecuencias de más alcance.

El servicio realizado conforme a normas fijas y modelos rígidos, más racional e, incluso, más eficiente, dejó en gran medida de individualizarse, de adaptarse en cada caso a la personalidad del cliente. Las instalaciones, más adecuadas a las necesidades de la época, más funcionales, más mecanizadas, exigían menos contacto entre empleados y clientes y proporcionaban a éstos un aislamiento que en muchos aspectos pudo ser considerado una conquista.

En todo caso, cabe poner de relieve que el desarrollo del turismo tiende a suprimir las relaciones personales entre los profesionales y los turistas.

Por otra parte, la nueva empresa perdió lo que de familiar y artesano había tenido la antigua, industrializándose, imponiéndose a sí misma una disciplina y sometiendo a ella, no sólo a su personal, sino también a su clientela. Esta vió a cambio satisfechas sus necesidades, pero de forma muy desigual, según criterios de mayor rentabilidad. Como era de esperar, las consideraciones de índole económica han prevalecido a la hora de estructurar la empresa sobre las de tipo humano, y han cerrado el paso a las de orden social.

No era esto lo que las nuevas promociones de turistas necesitaban.

Los de antaño impusieron sus criterios y sus gustos y crearon un turismo a su medida. La más influyente minoría vivió de espaldas a la Naturaleza, premeditada y conscientemente. Ansiosa de brillar y ser admirada, convirtió las estaciones turísticas en grandes salones donde pasear su belleza, su elegancia, su distinción.

Hubo también quien con mayor lucidez, con mayor modestia, se volcó sobre la Naturaleza. Se le ofreció en su arisca rusticidad, poco accesible pero genuina.

El turista actual es otra cosa, y su destino nos inquieta fundadamente. Nos preocupa su vulnerabilidad. Se halla indefenso ante la ofensiva publicitaria. Carece de prejuicios frente a cualquier argumento. Sin orientación definida, puede ser captado para cualquier programa, presentado sugestivamente.

También para él las consideraciones económicas son casi siempre decisivas. La gama de sus opciones la determinan los precios. Rechaza unas porque considera su precio demasiado alto, prohibitivo en su lenguaje. No toma en consideración otras porque su precio es demasiado bajo y se inclina a juzgarlas deleznable. Puesto a elegir entre varias, lo más barato y en ocasiones lo más caro, lo más ajustado a su presupuesto tiene ya una baza a su favor.

Las relaciones entre empresa y cliente son, pues, sumamente defectuosas. No basta con que éste se someta plenamente a las imposiciones de aquélla.

La empresa va a adoctrinarle sobre sus propias necesidades, pero, por desdicha, sólo en la medida en que está interesada en remediar-

las. A falta de un eslabón humano con el que enlazar, el cliente acabará por encontrar en el mundo turístico el mismo clima de soledad y desamparo, habitual en nuestra civilización y nuestra época.

De una manera particular estas insuficiencias se manifiestan frente a la Naturaleza, a la que el hombre de hoy se ve oscuramente atraído. El turismo divaga en torno a la Naturaleza y trata de suscitar entusiasmos moderados en la medida en que son mediocres sus realizaciones.

EL TURISMO IMPOSIBLE

A pesar de que el turismo es un fenómeno reciente, muy reciente si se le considera encuadrado en la dilatada y penosa marcha de la humanidad! a través de los tiempos, ya hemos visto que ha cubierto varias e importantes etapas.

La nota fundamental de este recorrido ha sido la superación. Superación que se ha manifestado en el doble campo de las instalaciones y de los servicios. En una época de grandes transformaciones sociales y continúa progresión técnica, el proceso del turismo acusa esta doble influencia. A la profunda renovación de la demanda, debida a esas transformaciones, se ha unido una ininterrumpida renovación de la oferta, que la progresión técnica ha hecho posible.

En términos generales el desarrollo turístico, basado en los mismos fundamentos, ha discurrido por los mismos cauces que el desarrollo industrial, produciéndose entre ambos interesantes correlaciones. El turismo, efecto de la industrialización, puede llegar a ser su causa y en todo momento lo estimula y apoya.

Más importante es, sin embargo, comprobar que el turismo ha aprovechado experiencias y realizaciones que han tenido su origen en los más diversos sectores de la producción y ha sufrido su inevitable influjo. De esta suerte el turismo ha ganado en eficacia, pero se ha visto involucrado en el mundo de la técnica, un mundo que el hombre actual no puede contemplar sin recelo.

La superación ha llevado aparejada la comercialización. La empresa turística se ha configurado lógicamente como empresa mercantil, con todo lo que esto tiene de positivo, y también con todos sus inconvenientes.

El capítulo de sus conquistas es considerable, sustancial. Ha hecho posible el turismo a gran escala. A ella se deben grandes inversiones y la existencia de un vasto mercado.

La columna deudora, por su parte, pone de relieve otra nota no menos característica de este proceso: la precipitación y su obligado correlario: la improvisación. Gracias a una incesante actividad, el turismo ha adquirido en el mundo, y muy especialmente en algunos países, un sorprendente volumen. Pero ha faltado tiempo para reflexionar y el empirismo de los empresarios ha desempeñado, en la construcción del mundo turístico, un papel mucho más importante que los estudios de los investigadores.

En todo caso, el hecho es que se han sufrido limitaciones y se han producido desajustes. La empresa turística, condicionada por su propia naturaleza, se ha proyectado sobre los servicios más rentables, prefiriendo la rentabilidad a corto plazo. Ha acudido a remediar necesidades del presente y rara vez ha hecho provisiones para el futuro. Ha aprovechado la coyuntura, pero sólo excepcionalmente ha fomentado la investigación. La especulación, tentadora y peligrosa, ha esterilizado muchos esfuerzos y tergiversado muchos propósitos.

Pero, tal vez, las más graves desviaciones se han debido, no ya a la fuerza de las circunstancias, sino a la dinámica de unas actividades que entrañaban sus propias contradicciones.

Las más profundas y, por desdicha las más perturbadoras, han tenido por punto de referencia la Naturaleza. Los ejemplos nos servirán para apreciar toda la envergadura de esta tragedia.

Con el nombre de *camping*, vocablo inglés, cuya fonética difiere considerablemente de la nuestra, y de ortografía aún menos grata, designamos lo que en buen castellano podríamos muy bien llamar campamento. En éste como en otros casos análogos no es fácil rebelarse contra la injustificada invasión de términos extranjeros que sufre el vocabulario turístico.

El «camping» se presenta a nuestra consideración como la forma más simple del alojamiento turístico. Sus orígenes lo entroncan con el más elemental excursionismo. No hay duda de que nos pone en contacto de manera muy directa y estrecha con la Naturaleza. Se diría que el turista ideó el «camping» en su deseo de lograr ese contacto, de intensificarlo, de disfrutar de él, aun sabiendo que esto suponía una renuncia a comodidades y satisfacciones que proporciona la ciudad. Todo

lo que supusiera padecer incomodidades habría de ser irrelevante, lo importante acortar distancias entre el hombre y la Naturaleza.

Pero hay otra versión paralela. El *camping* ha nacido para suplir la ausencia o escasez de otros alojamientos más perfeccionados, si se perpetúa es por imperativos económicos, ya que su misma simplicidad se traduce en costos notoriamente inferiores a los de otros alojamientos análogos.

Si tales hipótesis son decepcionantes, no por ello dejan de ser convincentes. Son, al menos, más congruentes con la tendencia del *camping* a transformarse y transformándose a desaparecer.

Observemos en primer lugar hasta qué punto se ha ido complicando el equipo del campista. Tiendas con mayor resistencia y amplitud, permitir y exigen más numerosos utensilios. Unos y otras, la indispensable amortización, cuya insuficiencia vienen a aliviar los remolques. Un paso más y nos encontramos con esa variedad del campismo que conocemos con el nombre de *caravanning*, otro vocablo inglés aún más chocante que el de *camping*.

Pero aún es más llamativa la transformación de los terrenos acondicionados para acampar. En nombre de la seguridad y de la higiene, de la comodidad incluso, han ido surgiendo en ellos poco a poco una serie de instalaciones y servicios regulares que son en cierto modo la base de toda urbanización y que le hacen perder mucho de su condición rústica.

La vocación por la Naturaleza, si es que existe, se ve traicionada. Si no existe, tampoco se suscita. El *camping*, comercializado, no consigue que el campo se introduzca en nuestro mundo si no es mixtificado, adulterado. Algún día podremos decir: falsificado.

Pero aun siendo tan elocuente este ejemplo, su alcance es limitado. Más instructivo ha de resultarnos meditar sobre ese apasionante deporte que es para la promoción turística, la caza de la Naturaleza.

El turismo se enfrenta con la Naturaleza de forma muy semejante a como lo hace el cazador respecto a la res. La descubre, la persigue y trata de hacerla suya. Al igual que ocurre en la caza, lo más frecuente es que esta apropiación haya de hacerse en forma clamorosa y destructiva.

No se agotan con esto las semejanzas. Para el cazador, tan preocupante es su arte como la existencia misma de la caza, sin la cual aquél no existiría. También al turismo le resulta de vital importancia la sub-

sistencia de la Naturaleza, sin la cual la promoción turística perdería uno de sus principales resortes.

El carácter patético de la caza se pone de manifiesto de una manera inmediata. Contribuyen a ello actores y escenario. Pero la situación del promotor turístico, empeñado en la captura, y simultáneamente en la conservación de paisajes, no es ya sólo patética, sino incluso trágica.

Los animales que sirven al cazador de presa gozan de la facultad de reproducirse, que aun seriamente condicionada, permite contemplar el futuro con cierto optimismo. Puede la prudencia conjugar la destrucción del individuo con la conservación de la especie.

Pero en el caso que nos ocupa no es ésto así. Cada día hay a nuestro alcance más parcelas inéditas de nuestro planeta, pero tenemos la angustiada conciencia de que su número es limitado, mientras que nuestro poder de destrucción no tiene límites. No basta, pues, la prudencia, es necesaria también una difícil templanza.

Y ésta es precisamente la virtud con la que menos se puede contar en el mundo de los negocios.

EL TURISMO DESEABLE

Hemos tenido ocasión de comprobar que el turismo es no sólo uno de los fenómenos más complejos, sino también una de las más importantes realidades de la hora presente.

La radical insuficiencia de la empresa privada para hacer frente al conjunto de problemas que el desarrollo del turismo entrañaba, se puso de relieve desde el momento en que los hombres de ciencia repararon en el fenómeno turístico. Sin embargo, hemos de reconocer que ha sido su envergadura económica lo que ha determinado la intervención de los poderes públicos y su subsiguiente institucionalización.

Esto explica la índole de la mayor parte de la obra jurídica realizada. Se han dictado disposiciones para fomentarlo y para dotarlo de un equipo adecuado; se ha reglamentado la actividad turística; se han adoptado medidas para que el turista, considerado como cliente, encuentre a su disposición medios abundantes y en perfecto funcionamiento para realizar sus programas; se ha logrado, ciertamente, una intervención rigurosa en la buena marcha económica del turismo.

Hay aspectos, sin embargo, en los cuales quizá por haber sido es-

casa la actividad científica, resulta insuficiente la jurídica. El dictamen de los investigadores, especialistas de todas clases y expertos de turismo, ha de preceder indiscutiblemente a una toma de posición política que resulta cada vez más inaplazable.

Estos trabajos y medidas han de versar, en primer lugar, sobre la conservación de la Naturaleza, considerada como uno de los aspectos más valiosos de nuestro patrimonio turístico. Los recursos naturales, valorables incluso en el aspecto económico, se ven afectados profundamente por la actividad turística en todos sus estadios. Desde las ineludibles obras de infraestructura hasta la utilización de las instalaciones.

Su explotación racional no puede suponer su destrucción, ya que un principio fundamental que hay que tener en cuenta es que la destrucción de la Naturaleza es, en último término, un proceso irreversible. Conjugar las necesidades de la explotación y la preservación de lo explotado es, en este caso, una necesidad ineludible si pretendemos perpetuar la explotación.

La técnica está llamada a realizar el cálculo necesario para mantener las debidas proporciones y garantizar las indispensables reservas. Pero tales cálculos han de hacerse efectivos mediante la oportuna ordenación jurídica.

La destrucción de la Naturaleza más allá de cierta medida supondría posiblemente, la desaparición misma del hombre, pero en una frontera más cercana representaría sin duda la desaparición del turismo en su concepto actual. El principal fundamento de nuestras esperanzas estriba, como apuntábamos antes, en que los mismos planteamientos económicos del turismo exigen tomar medidas adecuadas. Como hemos dicho, éstas son de dos clases: Por un lado, la creación de un mundo turístico distinto de nuestro mundo habitual industrializado, con nuevos módulos y nuevas soluciones; por otra parte, la creación de grandes reservas naturales, cuyo alcance ciertamente va más allá del turismo, pero que éste contribuye a darles un nuevo sentido y hacerlas de este modo más realizables.

En otro orden de cosas existe una serie de ideas cuyo pleno desarrollo pertenece todavía al futuro.

Una certera intuición nos ha hecho hablar de turismo social, de turismo juvenil, de turismo de reposo, pero todos estos conceptos resultarían intrascendentes si se tratara simplemente de integrar amplios

sectores de la sociedad en el artificioso mecanismo creado por la sociedad de consumo.

Una promoción turística de esta clase, no puede diferir simplemente por la índole de las personas a que vaya dirigida, sino principalmente por los objetivos sobre los que se proyecta.

Consideremos aceptable que en el libre juego sobre el que esa sociedad se sustenta, se desvanezcan las más elevadas finalidades. Pero éstas tienen que ocupar un lugar primordial en actividades que la misma sociedad plantea y financia.

Teniendo en cuenta lo que el turismo representa en orden a la salud y al descanso, y sin dar de lado lo que se refiere a la cultura y a la convivencia, las apetencias de la masa turística han de tender primordialmente hacia la Naturaleza.

No será ciertamente la misma, la imagen que de ella hayan de formarse los jóvenes para los cuales ha de ser primordialmente escenario de sus hazañas deportivas y la que corresponda a los hombres, ya en declive físico, ansiosos de encontrar un sedante en su vida atribulada, pero en todo caso es la misma Naturaleza la que proporciona a unos y a otros desquite y remedio.

Tampoco podemos caer en el juego de empujar a la humanidad por caminos de falsa y peligrosa superación, cuando podemos abrirles otros horizontes más saludables y de verdadera autenticidad. La integración de las familias modestas en la vida turística y la educación de la juventud para el turismo han de conceder un papel fundamental a orientarlos a aquéllas y a éstos hacia la Naturaleza.

Nos queda un último aspecto sobre el que meditar. Si la sociedad está experimentando grandes transformaciones, y en consecuencia el hombre pierde a diario viejos puntos de apoyo, podemos confiar en que el turismo llegue a ser algún día una nueva pedagogía.

El mundo profesional del turismo, que ha dado muestra de un espíritu de adaptación tan notable, está llamado a sufrir en el futuro nuevas transformaciones que le permitan servir a esta misión, integrándose así en planes de vastísimos alcances.

Los hombres destinados a conducir a sus semejantes por caminos de liberación hacia espacios de convivencia y de paz, necesitarán un bagaje muy amplio de conocimientos, pero, sobre todo, una gran sensibilidad para desarrollar su labor de forma tan personal como se le exige al médico o al psicólogo.

Se trata de una gran tarea de interés general. Son muy importantes los valores comprometidos en ella. La referencia del turismo a la Naturaleza nos da la medida del camino a recorrer.

LA SUPERVIVENCIA DE LA ESPECIE HUMANA

Estamos en una época sumamente interesada en rastrear y descubrir la animalidad del hombre, y por ello, no es extraño que tendamos a sobrevalorarla, pero no podemos cerrar los ojos ante esa evidente singularidad de nuestra especie, que consiste en remontar su propia animalidad creando un mundo complejo y artificial, a su medida y a su servicio.

A esta creación humana le damos el nombre de civilización. La etimología de esta palabra es reveladora. Civilizarse es adquirir la condición de ciudadano, o si se quiere, con un matiz menos jurídico y más real, el conjunto de cualidades que permiten ejercer la ciudadanía, integrarse así en esa comunidad que llamamos ciudad.

Nuestra lengua aún nos permite una segunda disquisición de tipo semántico, ya que, si los latinos distinguieron la *civitas* de la *urbs*, para los hispanoparlantes la ciudad estructurada por los hombres ha venido a significar la ciudad definida por los edificios.

No hacen falta, sin embargo, estos escarceos lingüísticos para justificar que la historia relacione el preludio de una civilización con la aparición de aglomeraciones urbanas y que los sociólogos consideren su crecimiento como índice de progreso.

Las previsiones del futuro a cargo de los historiadores o a cuenta de la sociología, nos hacen vislumbrar un tiempo no muy lejano en que la inmensa mayoría de la humanidad, prácticamente toda ella, vivirá concentrada en grandes ciudades y conseguirá de esta forma alcanzar la cúspide de lo que llamamos civilización.

Pero, pese a la proximidad de la meta, la humanidad no está satisfecha. Es más, está en tela de juicio la misma civilización, y con ella la capacidad del hombre para construirse su propio mundo.

El inconformismo no es nuevo. Se ha producido siempre que la humanidad creía coronar una cima y se ha agudizado en los momentos en que se consideraba más segura y satisfecha.

El inconformismo nos coloca ante un terrible dilema. En su versión

más radical nos da a elegir entre la civilización o el hombre. Para salvar al hombre hay que renunciar a la civilización, o sea, volver a la Naturaleza.

Pero esta expresión tiene sobre todo un alcance retórico. Más que de un regreso imposible se trata de una rectificación saludable. Con una pretensión extrema se protesta contra una civilización a la que se considera como el principal obstáculo para que el hombre consiga su perfección, o, al menos, inútil carga en su marcha por la Historia. Se intenta poner de relieve la inanidad de los esfuerzos del hombre por conquistar la dicha y hacerle reconocer su culpa y revisar su conducta. Se exalta la simplicidad, un nuevo convencionalismo, en nombre del cual se rechazan los convencionalismos imperantes.

La protesta actual es sumamente viva. Tiene abundantes precedentes. Los inmediatos son pálidos. Ni la novela pastoril, ni Rousseau, lograron conquistar las calles. En cambio la Edad Media está llena de resonancias y los cínicos en el mundo clásico consiguieron una popularidad y una influencia nada despreciable.

Encarna en pequeñas minorías decididas y activas, pero afecta, en cierta medida, a sectores más amplios, para los cuales no es fácil, sin romper con la sociedad en la que viven, expresar tal estado de ánimo. El turismo, sin embargo, ofrece, en cierto modo, ocasión propicia para ello.

El turista no se limita a ofrecernos la faceta festiva de su carácter, va más allá. No hay más que contemplar a una buena parte de los turistas, por supuesto la más representativa, para sospechar que se consideran, no sólo fuera de su ciudad o de su país, sino al otro lado de muchas fronteras.

Esta observación puede versar sobre muy diversos objetos, desde el atuendo hasta el comportamiento. Pequeños detalles bastan para hacer patente que el turista se rebela, en mayor o menor medida contra normas y convenciones. No sería exacto decir que, en todo caso, se produce con mayor espontaneidad, pero sí con más despreocupación.

Pero aunque el inconformismo haya calado hondo, no por ello le será posible alcanzar la meta que se ha marcado. Desde la altura de nuestros tiempos no es extraño que seamos víctimas del vértigo si contemplamos la sima que nos separa de la Naturaleza pura. Nada tan desvalido como el hombre actual incapaz de regresar a un mundo primitivo donde sería víctima de su inaptitud para enfrentarse con él.

Sería paradójicamente la civilización lo único que le permitiría evitar el riesgo de su aventura.

Sólo cabe, pues, una fórmula válida: preservar la civilización sin destruir al hombre, es decir, salvar al hombre civilizado. Pero hemos de reconocer que nuestra incorregible frivolidad compromete seriamente su eficacia.

Todos los hombres de ciencia y gobierno están hoy preocupados por el porvenir de la humanidad. Lo están por muy diversos motivos, que tal vez puedan resumirse en uno, temen que a la especie humana llegue a faltarle un medio propicio para sobrevivir.

La solución puede expresarse también concisamente. Es necesario conservar, cuando no, restablecer el equilibrio entre la Naturaleza y la técnica. Prevenir la inmensa catástrofe que puede producir la explotación irresponsable de los recursos del planeta.

La expansión demográfica es una amenaza, los progresos de la técnica una tentación. Para hacerles frente hemos de contar con la fortaleza y la esperanza.

Volvamos al turismo, nuestro tema inicial, que se ha revelado inagotable. Su misión es muy superior a la que en un principio se ofrecía a nuestra consideración. No se trata sólo de llenar los intersticios de una vida laboriosa. Hemos ido poco a poco descubriendo que la actividad turística, aparentemente complementaria, venía a resultar esencial.

En nombre del turismo hemos de proporcionarle al hombre una completa compensación de las múltiples servidumbres que le impone la técnica y, lo que es mucho más importante, liberarle de los peligros, o, mejor dicho, del inmenso riesgo que la técnica supone para él.

Pero para que el turismo cumpla su misión, hace falta un método riguroso y una perseverante disciplina.

Es necesario que el hombre acceda al turismo con un nuevo espíritu. El turismo no puede ser considerado como una imposición o una costumbre, sino como una necesidad y una función normal de nuestra vida.

El turismo ha de perder lo que tiene de huida imposible, de aventura fingida, de convencional repudio de otros convencionalismos, y ha de convertirse en un gozoso encuentro con otro mundo en el cual todavía puede sentirse el latido de la Naturaleza.

No pueden quedar al margen los profesionales del turismo. Es en

ellos donde se encarna el mensaje liberador; pero son los poderes públicos los encargados de hacer posible el milagro, de poner barreras a la técnica, de regular su acción sobre la Naturaleza, de preservar medio mundo de los estragos de la polución.

Este es el mensaje que el turismo proyecta sobre el futuro. Su expresión más correcta propone ideales de superación, de libertad y de paz. Supone además una educación y una ascética.

El hombre ha de regular la utilización de la técnica, impulsándola en campos en los que todavía queda mucho por hacer en favor de una humanidad desvalida, pero limitando en otros su acción, que rebasados ciertos límites, se convierte en destructiva. Una humanidad opulenta y satisfecha puede llegar a ser víctima de su propia avidez si no aprende la lección de la austeridad.

En último término, el encuentro con la Naturaleza es la etapa definitiva de la gran aventura del turismo.

R E S U M E

ENRIQUE PASTOR MATEOS: *Tourisme et nature.*

Ce n'est pas le travail qui fait surgir le tourisme mais plutôt une forme déterminée de travail; ce ne sont ni la vie ni l'homme qui l'exigent, mais bien l'homme actuel et la vie d'aujourd'hui. C'est simplement la civilisation technique qui a modelé de nouveau l'homme, qui lui a imposé une forme déterminée de vie et des méthodes de travail qu'il peut seulement supporter soulagé par le tourisme.

La tourisme a, comme point de départ la ville, créée par cette civilisation dont l'homme tente se libérer des servitudes, et comme point d'arrivée la Nature, qui s'offre comme but idéal pour atteindre la distension, assurer sa santé et tonifier son corps et son esprit.

Mais étant donné son plan économique, le tourisme trouve de grandes difficultés pour faire profiter l'homme de la Nature, telle que celui-ci en a besoin et la recherche. Toutefois, le tourisme est appelé à être, en surmontant beaucoup de difficultés, le fondement d'une politique qui favorise un rapprochement entre la Nature et l'homme.

S U M M A R Y

ENRIQUE PASTOR MATEOS: *Tourism and Nature.*

It isn't simply work which makes appear tourism but a certain manner of work, it is not man neither work which call upon it but we should specify nowadays man and present life. Our technical civilization remoulded men imposing them some peculiar ways of life and work they can only stand relieved by tourism.

Tourism itself has town as a departure point created by this civilization and man tries to get rid of the tentacular boundage of modern cities. The arrival point is nature which appears as an ideal goal to achieve relaxation, to reinforce health and invigorate his spirit and body.

But on account, of his economical scope tourism comes across great difficulties in order to make mon able to enjoy Nature accordingly to his needs and pursuit. And nevertheless, tourism surmounting a number of difficulties is appealed to become the basis of a politic which will favour an approach between man and Nature.

ZUSAMMENFASSUNG

ENRIQUE PASTOR MATEOS: *Fremdenverkehr und Natur.*

Der Fremdenverkehr entsteht nicht aus der Arbeit, sondern aus einer bestimmten Form der Arbeit. Weder das Leben noch der Mensch verlangen den Tourismus, sondern nur wird es von dem gegenwärtigen Mensch und Leben gefordert. Die technische Zivilisation hat dem Mensch wiedergestaltet, hat ihm eine bestimmte Lebensform aufgezwungen und eine Arbeitsmethoden, die er nur ertragen kan, wenn er von den Tourismus entlastet wird.

Der Fremdenverkehr hat als Ausgangspunkt die Stadt, geschaffene von dieser Zivilisation, dessen Knechtschaften der Mensch sich zu brefreien versucht. Als Anknüpfungspunkt hat er die Natur, die als ideelles Ziel sich anbietet, um die

Entspannung zu erreichen, die Gesundheit zu versichern und seinen Körper und Geist zu stärken.

Wegen seiner wirtschaftlichen Lage findet heutzutage der Fremdenverkehr grosse Schwierigkeiten in dem Sinne, dass der Mensch von der Natur geniessen kan, weil er dieser nicht nur braucht, sondern auch sucht. Dessenungeachtet und überwindend die Schwierigkeiten, ist der Fremdenverkehr dazu berufen, eine Politik zu gründen, die die Annäherung zwischen der Natur und dem Mensch begünstigen kann.